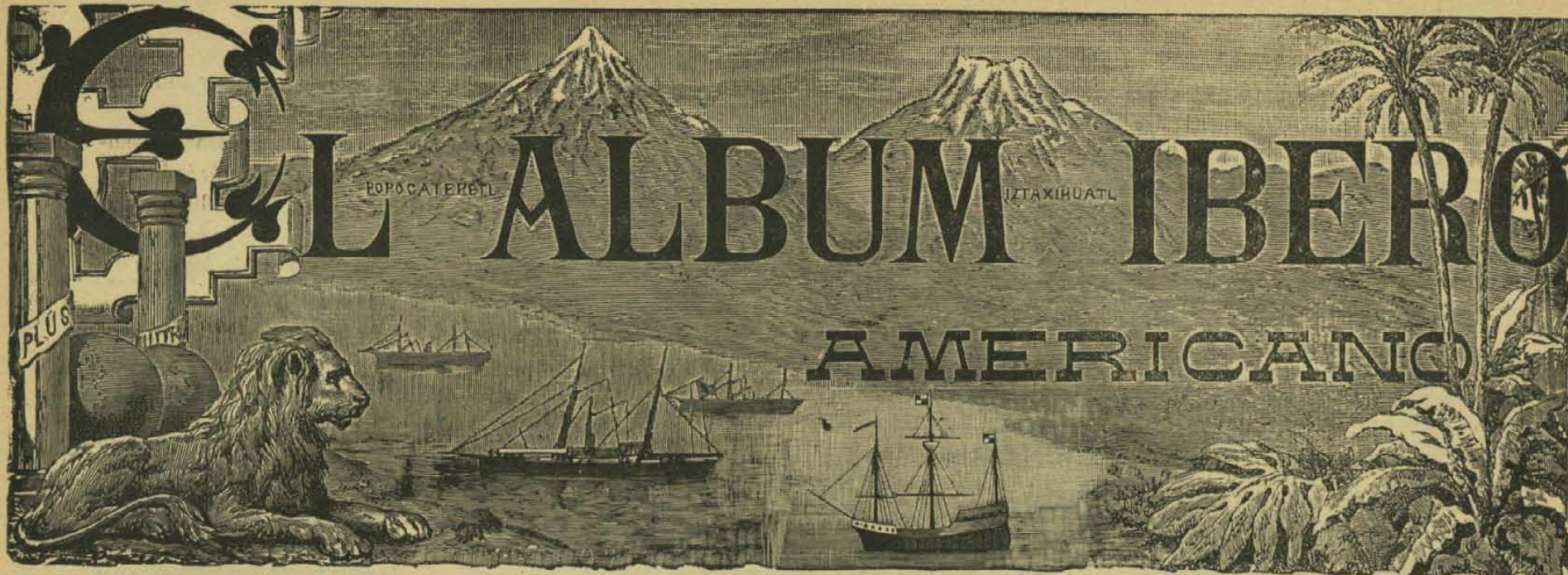




AÑO XVI

MADRID 14 DE DICIEMBRE DE 1898

NÚM. 45

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid 6 pesetas trimestre.—En Provincias españolas 10.—Repúblicas americanas, en la capital, 8 pesos trimestre.—Estados, Provincias ó Departamentos 4'50 trimestre.—Número suelto 4 peseta.

Redacción y Administración

CALLE DE SAN MARCOS, 3, BAJO

CONDICIONES

Esta ilustración se publica los días 7, 14, 22 y 30, dándose también figurines.—Suscripción adelantada.



LA CÉLEBRE ARTISTA EVA TETRAZZINI

PRIMERA TIPLE DRAMÁTICA DEL TEATRO DE SAN CARLOS DE LISBOA

SUMARIO

TEXTO: *Crónica parisiense*, por Antonio Ambroa.—*Españoles célebres*; Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, por Román Martínez.—*Apuntes para una novela*, por Sofía Iglesias.—*Caballístico*, por Lucio V. Mansilla.—*Cuentos breves*: Voz de alarma, por Marcelo Pravost.—*El Progreso*, por Federico Balart.—*Esperanza*, por Ricardo Gil.—*Adiós*, por C. Moreno García.—*Variedades*.—*Nuestros grabados*, por La Redacción.—*Anuncios*.

GRABADOS: La célebre artista Eva Tetrázzini, primera tiple dramática del teatro de San Carlos de Lisboa.—*Preparativos de Noche Buena en la Plaza Mayor*.—*La Sagrada Familia* (cuadro de Knauss).—*Vuelta de una cacería a principios de siglo*.—*Pasando el río*.—*Tipo valenciano*.

CRÓNICA PARISIENSE

La sociedad parisiense.—La llave dorada.—El placer y el interés.—Modas.

OMO quiera que todo lo que se relaciona con la vida íntima de la elegante sociedad parisiense tiene un gran interés para todos, no podemos resistir a la tentación de traducir *in extenso* un lindo artículo de H. Bauer, que más bien parece un estudio psicológico que una crónica periodística.

Dice el espiritual escritor:

Entre las varias atracciones de París, las agencias de viajes ofrecen a los extranjeros la visita de los famosos hoteles nobiliarios y la admisión en ciertos salones del gran mundo parisiense.

Mediante algunos billetes de banco depositados en la bandeja para los pobres (¿?) de la dueña de la casa, el pasajero adquiere su derecho de entrada.

De esa manera el rico americano que acaba de pisar el muelle del Havre ó el puerto de Burdeos, puede gritar, enseñando su repleta cartera: ¡París es mío, mías son las elegantes parisienses y los salones del gran mundo me pertenecen!

La historieta, que no tiene nada de cierta, pudiera ser verosímil y hasta podemos decir que contiene una verdad inmanente y simbólica.

En efecto, si consideramos en todos sus grados lo que se llama el mundo parisiense, si estudiamos sus costumbres, sus respetos y sus relaciones, si examinamos los consejeros que le inspiran, sus influencias y su espíritu, no tendremos gran trabajo en comprender que el oro es su dueño y señor.

El extranjero, algo listo, que quiera figurar, frecuentando la sociedad *smart*, no necesita las Agencias para crearse sus relaciones; bástale con anunciar su deseo en la cuarta plana de los periódicos.

Enseguida una de esas mujeres de mundo, fuera de moda; una de esas que viven Dios sabe cómo, se ofrecería buenamente a presentar en los mejores salones al señor de Ultramar.

Cuanto a los demás, el extranjero no hallará dificultad ninguna.

El dinero es hoy la llave dorada que abre todas las puertas.

Es muy cierto que el gran mundo guarda determinadas severidades: será riguroso con la mujer divorciada, excluirá sin piedad a la enamorada que se haya casado con un amante insólito y condenará a los hombres capaces de contravenir por algún rasgo de carácter a la hipocresía corriente; pero todas las puertas serán francamente abiertas al millonario que paga, sea cual fuere

la mina donde haya encontrado el filón de sus millones.

El placer y el interés son compañeros inseparables.

Considerando a una parisiense en casa del modisto y de la costurera comprenderemos fácilmente tan fatal asociación.

La mujer de mundo, cuya fortuna es inactiva, mira con ojos tiernos y ávidos a cualquier extranjero cargado de millones, lo mismo que una pobrecilla vergonzante se calienta tímidamente a los tibios rayos del sol.

El caballero de mundo, lleno de blasonados escudos y vacío de contantes y sonantes luses, sigue con envidiosa mirada los cinco, diez ó veinte millones que se pasean por los aristocráticos salones, aun cuando no vayan aprisionados en campo de gules y azur.

El antiguo *faubourg Saint-Germain*, la vieja nobleza parisiense, hallábase formada por una selección de nombres y de nacimientos, por una tradición de elegancia, que ligaban entre sí a la sociedad llamada noble, cierto número de personas privilegiadas, más bien semi-dioses que seres humanos.

Hoy no existen privilegiados aparentes ó, mejor dicho, ya no queda más que uno solo: el dinero.

Ante los dorados escudos, dobléganse los nobiliarios blasones y el oro es hoy la única razón de Estado en este París que disfraza su autocrática y falaz aristocracia con el democrático antifaz de una república nominal, cuyo valor efectivo es menos que nulo.

La religión del gran mundo parisiense compónese de una mezcla de intolerancia, de indiferencia, de fetichismo, de incredulidad, de ironía y de burla; todo ello espolvoreado de acre y cruel envidia, formando un salpicón inmundito, donde no hay ni amor, ni caridad, ni fe, ni piedad siquiera.

La convención de la moral ordena que se salven las apariencias por aquello de que «en las cosas de Estado la buena forma es el todo».

Esa misma moral parisiense permite la galantería prudente y tolera los vicios disimulados; cada cual conoce las relaciones de los galantes; designa los viciosos y murmura sus vergonzosas intrigas; pero no las encuentra punibles si el autor es millonario.

La moral de nuestro gran mundo, llamado modernista, es verdaderamente una de las más detestables formas de esa enfermedad, estado mórbido de mentira y de hipocresía que rebaja y mancha tanto la presente sociedad parisiense.

Y, con todo esto, el odio del rico al riquísimo es uno de los más graves vicios de raza, la envidia bajo su más grosera forma.

Nosotros, pobres obreros de la pluma, podemos concebir que los otros del azadón ó de la piqueta, cuyo trabajo es más rudo que abundante su salario, cedan a un sentimiento de animosidad contra los que varean la plata; pero ¿qué decir de los desocupados, de los ricos inútiles que persiguen odiosamente a los más ricos, a los más elevados en fortuna?

Más de una vez he sentido asco al escuchar las groseras palabras de ciertas damas, calificando al

rico donde han comido la vispera y donde cenarán al siguiente día.

Apenas si entre dos comidas han tenido tiempo de enjugar sus labios, para escupir la injuria sobre sus reyes y señores... ¡Perfidia y gran mundo!

El cinismo de los hombres, de los seres del mundo elegante nada tiene de digno.

Criticar al anfitrión, morder la honra de quien llena los bolsillos del pelagatos nobiliario, no es solamente un odio de raza, sino un odio de domésticos.

Durante la última decena la moda no nos ha ofrecido grandes novedades.

Como muy práctica, señalaremos la chaquetilla larga, hecha de paño fuerte, generalmente negro ó café con leche, cuyo delantero cerrado va guarnecido de un adorno en forma de volante que, partiendo del cuello, va ensanchándose poco a poco a medida que da la vuelta de la prenda.

Las faldas llevan en el talle, por detrás, una fila de botones que imita el cierre; pero esta moda durará poco tiempo.

Naturalmente que las pieles se usan mucho, ya legítimas, ya de imitación.

Los cuellos siempre altos y siempre a lo Médicis, que son los más *smart*.

ANTONIO AMBROA.

París, 11 de Diciembre de 1898.

ESPAÑALES CÉLEBRES

EXCMO. SR. D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDÓ

N las Cortes de 1863, el acta de Antequera fué objeto de vivísima impugnación. Tratábase en ella de un diputado elegido antes de cumplir la edad reglamentaria, y la comisión sostenía, en términos definitivos, que de ningún modo podía admitirse en el Congreso. Pero se levantó entonces un joven de tan raras y tan variadas condiciones de elocuencia, ingenio, energía, flexibilidad y distinción, que desde sus primeras palabras el auditorio quedó subyugado, vencido, y el acta fué aprobada. Este joven era D. Francisco Romero Robledo.

Es imposible seguir paso a paso la serie de triunfos conseguidos por este distinguido hombre político. Nacido para la lucha, no ha estado un solo día en reposo, y en la diaria batalla, rara vez le ha sido adversa la suerte. Pero en este momento asistimos a una modificación transcendental de su carácter.

El guerrillero se transforma en general en jefe; el táctico, el general de división ejercitado en el choque, parece dominar ya grandes líneas de fuego, y hace sentir y predominar su influencia en zonas de extensión siempre creciente; el político hábil se trueca en pensador profundo y gran hombre de Estado.

Joven todavía, dotado de una inteligencia extraordinaria, de una percepción finísima, de una voluntad y perseverancia sostenidas por el constante éxito, nada parece ser inaccesible al señor Romero Robledo.

Los adversarios del exministro de Ultramar atribuyen todos sus éxitos a las veleidades de la fortuna; pero sin negar la influencia ordinaria

del acaso en todos los órdenes de la actividad humana, imposible es dejar de reconocer las cualidades de alto pensamiento, cultura general, valor sin arrogancia y admirable sencillez, que constituyen el fondo vario de su carácter singularísimo.

Aun es preciso añadir que no hemos conocido un solo hombre político que se desvanezca menos que el Sr. Romero Robledo en las más grandes alturas del poder.

Se ha pretendido fundar un cargo contra el Sr. Romero Robledo en sus condiciones de accesibilidad, por decirlo así, en su aceptación bondadosa, de cuantos han querido tomar un puesto de combate á su lado.

Pero prescindiendo de que pocos jefes de partido habrán tenido tanto acierto y fortuna en sus diferentes sistemas de recluta política, en ningún país sería más excusable este género de errores que aquí, donde ningún hombre de gobierno se cree en la obligación de rodearse de hombres serios, y donde se acepta el concurso de esa infinidad de gentes vulgares bastante ociosas para poder pasar los días enteros en las antecámaras de sus prohombres, y suficientemente modestas para contentarse con algunas pasajeras ventajas conseguidas á costa de innumerables humillaciones.

En este proemio á los apuntes biográficos que insertamos á continuación, réstanos observar: que el Sr. Romero Robledo ha demostrado su valor cívico cuando en la época en que las pasiones revolucionarias eran más bravas, las combatía en su más precioso dogma; y su vigor físico y arrojo é irreemplazabilidad como guerrillero de *Parlamento* en su famoso discurso de ocho horas, para dar tiempo á que el Gabinete Malcampo obtuviese el decreto de disolución y lo leyese antes de que la sesión terminase.

Merece también señalarse su deseo de hacer cuanto bueno sea posible en administración; su tolerancia y verdadero criterio conservador (no contrario, sino atenuante, neutralizante del liberal), en la manera firme y dulce á la vez con que gobierna; su amplio criterio, exento de toda prevención é intransigencia, en materias religiosas y de enseñanza; y en fin, su sencillo, afable y generoso carácter, que le ha granjeado numerosas y vivísimas simpatías.

D. Francisco Romero Robledo nació en Antequera (Málaga) el 8 de Marzo de 1838. Sus padres, D. Matías Romero y doña Teresa Robledo, pertenecían á familias bien acomodadas y de sólida y excelente reputación.

Estudió D. Francisco en las Escuelas Pías de Archidona, y pasó después á Málaga con objeto de seguir la segunda enseñanza, que terminó con notable aprovechamiento. Más tarde vino á Madrid, y en la Universidad Central cursó la carrera de Derecho, graduándose de doctor cuando acababa de cumplir veintidós años.

Después, y con motivo de una elección parcial de diputados á Cortes en el distrito de Antequera, los numerosos amigos que ya contaba el señor Romero Robledo, presentaron su candidatura. A pesar de su repugnancia á aceptar este cargo, el joven doctor vió triunfante su nombre en la lucha; por una inmensa mayoría.



PREPARATIVOS DE NOCHE BUENA EN LA PLAZA MAYOR

Uno de sus biógrafos hace notar la imperturbabilidad de carácter con que está adornado el ilustre exministro de Ultramar, y cita á este propósito el altercado de *potencia á potencia* que sostuvo el Sr. Romero Robledo con D. Antonio Ríos Rosas, á la sazón Presidente del Consejo, sobre si debía ó no usar de la palabra. Insistiendo el Sr. Romero en la reclamación de su derecho, fué llamado tres veces al orden, y consultando á la Cámara, le concedió la palabra, lo cual dió lugar á que el Presidente dejara su asiento.

En las Cortes que convocó el general Narvaez para 1865, Romero Robledo se presentó como candidato de oposición, y salió triunfante de los elementos acumulados por el poder, viniendo á tener asiento en el Congreso entre la minoría unionista, con la que contribuyó á sostener una ruda campaña.

La unión liberal, llamada al poder en Junio de 1865, disolvió las Cortes y llamó á los electores á los comicios, volviendo el Sr. Romero á ser elegido diputado. En esta legislatura se marcó ya de un modo ostensible el concepto que al país merecía el joven representante, pues fué elegido por gran mayoría primer secretario. Sus discursos en esta época contribuyeron también á afirmar la reputación que hoy disfruta, y hasta la disolución de las Cortes, llevada á cabo por el Gabinete Narvaez-González Bravo, la mayoría le contó en el número de sus oradores de combate.

Alejado hasta la revolución de las tareas parlamentarias, volvió cuando aquel importante suceso, al palenque de la política, adherido al grupo más conservador de la Cámara, capitaneado por el Sr. Sagasta. Muy pronto ocupó subsecretaría; algo más tarde el ministerio de Fomento:

pero al disolverse las Cortes en 1872, se consagró á la causa de la restauración de la dinastía caída, personificada en S. M. D. Alfonso XII.

Desde la restauración hasta hoy, la vida política del Sr. Romero Robledo es sobrado conocida para que hayamos de detenernos aquí á exponer sus principales frases.

Haremos solo constar que el Sr. Romero ha realizado con rara fortuna la predicción que, al oírle por primera vez en Congreso, hizo el ilustre duque de Tetuán:

«Con los elementos que constituyen el organismo del joven, dijo D. Leopoldo O'Donnell; con las simpatías que goza en tan poco tiempo, un talento que le inicie y un brazo que le dirija, creo que llegará á donde quiera; ha recorrido en muy poco tiempo el camino que á nosotros nos costó mucho andar.»

Entre las condiciones que enumeró el vencedor de Africa no se hacía mención de una que forma el rasgo quizás más característico del exministro de Ultramar: el don de gentes. Imposible es tratarle una vez sin sentirse hacia él atraído por una extraña simpatía, que se trueca muy pronto en indestructible afecto. El se vanagloria de que sus amigos le siguen á donde vaya, y es una verdad; pero debe tenerse en cuenta que da á sus amigos constantes pruebas de deferencia, y que se halla siempre dispuesto á sacrificarse por ellos; en suma, posee la cualidad, rarísima en estos tiempos, de no escasear su amistad, de ser un verdadero amigo para aquellos á quienes honra con el nombre de tales.

La Academia de Jurisprudencia honró sus talentos nombrándole su presidente, importante puesto destinado á las eminencias del foro, de-

mostrándose por esta circunstancia el aprecio en que tan docta corporación tiene sus altas cualidades.

No terminaremos estas líneas sin hacer constar que al expresarnos como lo hacemos, sólo nos mueve un sentimiento de justicia.

Ajenos á la política, respetamos al hombre de partido, sin censurar ni enaltecer sus actos; pero creemos deber tributar un público testimonio al caballero que ha sabido elevarse á los primeros puestos de la nación sin dejar en pos de sí ni odios ni enemistades.

ROMÁN MARTÍNEZ.

Madrid 10 de Diciembre de 1898.

APUNTES PARA UNA NOVELA

(del inglés)



Querido Carlos: Llegué con felicidad á Escocia y siento que no te decidieses á acompañarme. Mi tía, dueña de esta espléndida posesión, te hubiese recibido como á mí: con los brazos abiertos. Me dirás que el viaje no te salía á tí tan barato como á mí, gracias á las libras esterlinas que mi generosa *anfitriona* me envió y con cuya cantidad pude aplacar á mis ingleses de ahí y pasar una temporada entre los auténticos.

Me encargaste, suponiendo que aquí había de aburrirme, te cuente todo lo que merezca la pena, esperando, escritor empedernido, que tal vez en esta mansión señorial encontraría algún argumento para tu próximo libro.

Lo dudo; aquí la vida se pasa tranquila, aun que agradable, pero no creo que se presente ocasión de inmortalizar tu nombre, como el de Walter Scott, con una novela como *The Maid* y *Lammermoor*, cuyo argumento hizo célebre Donizetti con su preciosa música.

Empezaré por presentarte á los habitantes de Hampden Gardens, así se llama la posesión de mi tía, y te aseguro que no creí fuese tan magnífica. No sé si te he contado que lord Dearmont, su difunto esposo, se enamoró locamente de ella en la feria de Sevilla. La siguió á Cádiz, donde residía, y consiguió con su constancia que aceptase su nombre y su pingüe patrimonio, del cual la dejó única heredera á su muerte. Desde entonces la viuda vive en este palacio, rodeado de un parque espléndido.

A ella ya la conociste cuando estuvo en Madrid hace diez y seis años.

También recordarás á su sobrina, aquella monísima rubita de cinco años que yo llevaba á paseo y de la que sólo conseguías hacerte entender á fuerza de cartuchos de dulces, verdad que entonces sólo hablaba inglés. Ahora habla un castellano algo defectuoso, pues se ha educado en Londres, pero con una gracia tal, que los mayores disparates resultan encantadores en su boca tan fresca como una granada y con sus ojos tan azules é inocentes fijos siempre muy abiertos en la persona con quien habla. Solo tiene 15 años, acaba de salir del colegio y aún lleva el pelo suelto en rizados de color de oro, que forman precioso marco á su carita blanca y sonrosada: es una inglesa *pur sang*. Quiere que la dé lecciones de español, pero dudo pierda su gracioso deje británico.

He dejado á propósito para la última á miss Raymond, su institutriz, por ser el personaje más interesante de todos.

Es italiana y su tipo lo demuestra bien. Alta, esbelta, formada como una estatua griega, tiene porte de reina y gustos de artista. ¿Dónde ha ido mi tía á buscar esta belleza clásica? Mary, mi prima, dice que es *awfully pretty*, que quiere decir bárbaramente hermosa, y tiene razón. Su blancura mate, sus ojos negrísimo, sombreados de largas pestañas y su espléndida cabellera, que de puro negra tiene reflejos azulados, ondeada naturalmente y que ella recoge sencilla, pero artísticamente con un peine de concha, forman un conjunto tal, que puedo asegurarte que es una de las mujeres más hermosas que he conocido. Y no vayas á creer por la impresión que me causa que estoy en peligro de enamorarme de ella. No.

Tiene tal aspecto de dignidad que impone y hay en sus facciones un tinte de melancolía tal, que hace pensar que ha sido heroína de algún drama sangriento.

Jamás se ríe, sólo las bromas de mi prima, á la que adoro, hacen alguna vez asomar á sus labios una triste sonrisa.

Mi tía debe conocer su pasado. Cuando le dije que me parece demasiado joven (representa menos de veinticinco años) y sobre todo demasiado bella para acompañar á una niña, me contestó que eso podría ser verdad en una capital donde saliesen solas, pero allí, en el campo, donde casi siempre pasean en el parque ó en carruaje, eso no es inconveniente: por lo demás, añadió mi tía, tengo excelentes informes de Alicia (así se llama la hermosa italiana), está perfectamente educada, habla varios idiomas y toca y canta á la perfección, lo cual, en un sitio solitario como éste, no es de despreciar, pues nos proporciona ratos agradabilísimos.

A mí, sin embargo, me recuerda el retrato de una Borgia que ví, no recuerdo en qué museo. Te repito que esta mujer oculta algo; quién sabe si ella podría proporcionarte el argumento que buscas para tu libro.

Si te decides, vente, á ver si entre los dos descubrimos su secreto. Por hoy nada más puedo decirte; te tendré al corriente de lo que ocurra, y hasta mi próxima, que no se hará esperar mucho, se despide con un abrazo tu amigo

FERNANDO.

Escocia, Hampden Gardens, 20 de Junio de 1896.

Del mismo al mismo:

Amigo Carlos. Cada día estoy más contento de haber venido.

¡Qué parque el de mi tía! ¡qué alrededores tan pintorescos y qué cocinero, chico, esto es Jaujal! Además hay varias casas cerca, y de noche siempre viene algún amigo á jugar un rato y á oír cantar á la *esfinge*; así llamo á la hermosa institutriz. Debió dedicarse al testro, tiene una voz que llega al alma. Da tal expresión á la música, que hasta los criados se acercan á las puertas de puntillas y la escuchan sin respirar. No es fácil hacerla cantar, y en habiendo alguna persona más de las de costumbre, ruega á mi tía la permita retirarse. La he sorprendido llorando varias veces, y se pasa horas enteras inmóvil contemplando el mar, con un libro, que apenas lee.

Anoche salí á fumar á la terraza, que da al jardín, donde estamos las horas de calor, pues los árboles impiden que llegue el sol; hacía un tiempo espléndido. A la luz de la luna ví á Alicia vestida de blanco, apoyada en una estatua, que parecía menos pálida que ella.

De una cadena de oro, que siempre rodea su cuello, pendía un medallón que besaba con pasión; debe ser un retrato. Al acercarme lo ocultó apresuradamente. ¿Es su prometido de usted? la pregunté, aun á riesgo de ser indiscreto. No, contestó tristemente; es el retrato de la única persona que me ha querido, y por la que he hecho un sacrificio superior á mis fuerzas. Creí que la muerte pondría pronto término á mi martirio, pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, y hay días en que mis nervios se sublevan y temo hacer un disparate.

¿No es usted feliz aquí, Alicia? Mi tía parece apreciar á usted mucho, y la niña no creo la moleste demasiado.

Su tía es mi mejor amiga, la debo más que á mi madre, que me abandonó en mi niñez; si no fuera por ella... Y Mary es un ángel. á quien adoro. Sí, ya sé que yo debería ser la más feliz de las mujeres, pero hay tantas lágrimas en mi vida, que á veces ahogan hasta mi tranquilidad presente. No me haga usted caso. Soy una histérica, que ha sufrido mucho, y no siempre puedo contenerme. Dispense usted le haya molestado con mis lamentaciones, y no diga á mi bienhechora que ha sorprendido mi tristeza, se lo ruego. Me hizo un saludo amistoso y se retiró lentamente.

Se disculpó con pretexto de tener jaqueca, y no bajó á comer ni volví á verla, hasta hoy á la hora de almorzar. Al verme, sus mejillas, de ordinario muy pálidas, enrojecieron. Una sonrisa tan triste como el rayo de sol, que quería filtrar las nubes, se dibujó en su boca y empezó á tomar té, que es lo único que almuerza; no sé con qué se mantiene esta criatura, debe ser de recuerdos.

Mi tía tenía proyectado hacer una excursión á las ruinas de un castillo cercano, y aprovechando el día nublado y fresco, salimos á las doce en un landó; Alicia prefería, como siempre, quedarse; pero la convencí de que el aire la convenía, y se decidió á acompañarnos.

El camino es precioso y las dos horas que se tarda en recorrerlo me parecieron cortísimas. Verdad es que Alicia, que conoce todos estos sitios, me iba señalando los puntos de vista más pintorescos, y refiriendo las leyendas que los campesinos conservan sobre cada ruina y cada lago.

Llegamos al término de nuestro paseo, y efectivamente, quedé sorprendido del panorama que se presentaba á nuestra vista. Altísimas montañas rodean el valle, donde estuvo el castillo feudal, que aún conserva en pie sus muros de granito. El musgo y la yedra se han apoderado de gran parte de ellas; una escalera bastante derruida conduce á una plataforma ó torreón, que naturalmente he querido visitar.

Mi tía, temiendo una caída, se quedó con la niña, á quien tampoco permitió subir; y yo, dando el brazo á la italiana, que parece el hada de aquel recinto, empiezo á subir la ancha escalera. Escena digna de un cuadro.

De repente el brazo de mi hermosa compañera tiembla bajo el mío, y muda, con los ojos dilatados por el terror, ahoga un grito y quiere huir.

Yo, atónito, busco con la mirada lo que ha podido asustarla tanto; tal vez alguna fiera, que tiene su madriguera en aquel desierto.

Te confieso que no me disgustó la idea de salvarla de algún peligro, pero por más que miro, nada veo que pueda explicarme su terror. Sólo un caballero dibuja en su album recostado en un resto de muralla. Sin duda copia aquel agreste escenario. Con la cabeza descubierta, absorto, ocupado en su dibujo, ni repara en nosotros; pero debe ser él, el que causa pavor á Alicia, pues nada más veo que pueda producirlo. Suba usted sólo, me dice al fin, con voz desfallecida; no me encuentro bien, iré á reunirme con su tía, no tarde usted ¿eh? Dudo en abandonarla en tal estado, pero el terror la prestó alas y corre como si alguien la persiguiera.

Al llegar donde el involuntario causante del susto dibuja, le veo levantar la cabeza, se fija en Alicia que se dirige al carruaje y en su rostro se pinta el mismo estupor; suelta el album precipitadamente, y al verme se dirige á mí, preguntando con mal disimulado afán:

—Dispense usted, caballero, ¿viene usted tal vez con esa señora? ¿Sabe usted su nombre? por favor, le ruego conteste; si supiese usted que se trata de mi felicidad y de la suya. Si no hubiese muerto... ¡Dios mío! añadió agarrándose á una columna. Temí verle caer, tal era su emoción, y me apresuré á contestar: Esa señora á quien yo acompaño, es Miss Raimond, institutriz de mi prima, no puedo decir á usted más.

—¿Pero es ese su verdadero nombre?—perdone usted, pero es tanto el parecido;—¿dónde vive?—Temiendo cometer una indiscreción, pues empiezo á creer que la italiana es heroína de uno de esos dramas de la vida, no sé qué decir.—¿No quiere usted contestarme?—Pregunta con angustia mi interlocutor.

Le aseguro á usted, caballero, que no sé nada. Hace pocos días que habito en este país. Diga usted donde podemos vernos y trataré de satisfacer á usted. Sacó una tarjeta y escribiendo las señas, me la alargó con visible emoción.

Venía sólo á pasar unos días, añadió, pero ahora me detendré todo lo necesario. ¿Dónde podré ver á usted?

En el sitio que usted guste fijar, respondí. Interrogaré á mi tía y si Alicia es la persona que usted busca, á quien creía muerta, tendré una verdadera satisfacción. ¿Puede usted venir mañana á la tarde al Hotel donde resido?, preguntó, ¿o prefiere que yo vaya á su casa? Comprendiendo que era preferible lo primero, para evitar su encuentro con Alicia, puesto que su presencia despierta en ella tanta emoción, quedé citado para las cuatro de la tarde en la fonda donde él reside. Interrogaré á mi tía, pues debe conocer el secreto de su vida y veré si efectivamente Alicia es la mujer que él creía muerta.

Si pudiese ver el retrato que lleva al cuello, tal vez tendría la clave de este enigma.

Ya te contaré cómo termina esta novela. No sé cómo arreglarme para sonsacar á mi tía; es muy lista, y si no quiere revelar el secreto confiado á su amistad, nada dirá.

Hasta mañana. Por la noche te comunicaré el éxito de mi negociación.

Recibe un abrazo de tu mejor amigo

FERNANDO.

Querido Carlos: Aún estoy emocionado, no sé cómo contarte lo ocurrido. Como sería largo describir las escenas que se han desarrollado hoy, y estoy muy cansado, á nuestra vista te referiré detalladamente el desenlace de este drama doméstico, que creo ha de interesarte.

En vista de que mi tía nada sabía del pasado de su protegida, ó no me lo quería revelar, decidí interrogar á la interesada, pues yo necesitaba dar una contestación categórica á lord Richmond, ese es el nombre del marido de Alicia, porque es su marido. Preguntarás cómo queriéndose tanto estaban separados, y él creía muerta á su mujer.

Al pronto Alicia nada quería decir, lloraba y quería huir para que él no la encontrase. Por fin la convencí de que tal vez todo podría arreglarse, si me confiaba el secreto yo hablaría á lord Richmond, y quizás aún pudiesen ser felices. La amenacé con traer á ese hombre, pues era precisa una explicación, y al fin se decidió á contarnos su historia, que, como verás, no deja de ser interesante.

Huérfana de madre siendo muy niña, vivió con su padre, que era un jugador empedernido. Cansada de pasar continuamente de la opulencia á la miseria, teniendo una educación esmerada, resolvió colocarse de institutriz de unas niñas á quienes conocía. Allí se prendó de ella lord Richmond, que era pariente de la familia, y quiso hacerla su esposa. El padre, un lord chapado á la antigua, que destinaba á su hijo una rica y noble heredera, se opuso rotundamente. Cada vez más enamorado Jorge (así se llama el marido de Alicia) y habiendo ésta perdido á su padre, decidió casarse en secreto, asegurándola que en cuanto su familia la conociera, la recibiría con gusto. Fué débil, y accedió, pues la soledad en que había quedado la espantaba, y despidiéndose de la casa, se casaron en un pueblecito inmediato, cosa aquí facilísima, pues cualquiera, por una gratificación, se presta á servir de testigo.

Lord Richmond pretestó un viaje de recreo, al que el padre accedió gustoso, para que olvidase á Alicia y se instalaron en un *cottage* precioso á orillas del mar, donde durante unos meses fueron los seres más dichosos del mundo.

Pero el severo padre averiguó no sé cómo su residencia, aunque no su matrimonio, y creyendo era una aventura, á la que con dinero se podía abandonar, envió su administrador, anciano respetable que llevaba muchos años al servicio de la casa, para tratar de convencer al joven de que volviese al hogar paterno donde le esperaba un brillante porvenir, pues su hermano mayor, heredero del título y del inmenso capital según costumbre inglesa y desahuciado por los médicos, viviría muy poco.

Alicia, que por casualidad estaba vistiéndose en el gabinete inmediato, que no tenía más salida que al salón donde Jorge recibiera al enviado de su padre, oyó por fuerza la conversación, y arrepentida de su debilidad, juró no privar á su ado-

rado esposo de la brillante posición que le aguardaba.

El, ignorante de que había escuchado, partió para revelar á su padre el secreto de su efectuado enlace, prometiéndola volver pronto con el perdón para llevarla al palacio donde debía ser dueña y señora.

Alicia, algo romántica como habrás comprendido, con la imaginación meridional que heredara de su madre que era italiana, formó el proyecto desatinado de sacrificarse en aras del deber y hacer creer á su marido que había muerto. La casualidad favoreció su plan. Encontró una señora enferma que viajaba en el mar por orden del médico, y consiguió que la admitiera en calidad de doncella. Tomaron pasaje para Buenos Aires, pero el día de la marcha la enferma se agravó en términos que hubieron de suspender el viaje.

Sus nombres constaban en la lista de pasajeros, pero ellas quedaron en Lisboa, donde debieron embarcar. El buque naufragó, y entre la lista de los navegantes que no pudieron salvarse estaba el nombre de Alicia.

A su partida dejó una carta escrita, rogando á su marido anulase el matrimonio, y obedeciese á su padre, pues jamás volvería á saber de ella.

El, loco de dolor, la buscó por todas partes, hasta que en un periódico leyó la descripción del naufragio, y el nombre de la que adoraba.

Convencido de la certeza de su desgracia, no averiguó más. Se encerró en su casa de campo, y sólo se decidió á viajar cuando los médicos lo creyeron indispensable á su salud.

Mi tía conoció á Alicia cuando cuidaba con esmero y cariño á la señora, con quien debió embarcarse, que era amiga, y al morir dejándola parte de su fortuna en agradecimiento, la trajo para educar á la huérfanita Mary, que había quedado á su cuidado por falta de sus padres, hermano él del marido de mi tía, pero sin conocer de su vida pasada más que lo que la enferma contara de su bondad y buen carácter.

El padre de Lord Richmond, que al ver la desesperación de su hijo consintió en el matrimonio, si encontraba á Alicia, creyendolo tal vez imposible los espera, impaciente.

No puedo pintarte la alegría de Jorge y la emoción de la pobre Alicia al abrazar á su esposo. Temí una catástrofe pues está algo delicada del corazón; esperemos que el cariño de su marido y la felicidad que la aguarda, la devolverán pronto la salud.

Tal vez pronto la conozcas, pues después de presentarla á su familia, Lord Richmond, quiere visitar con ella Italia, que ella no recuerda apenas, y á España.

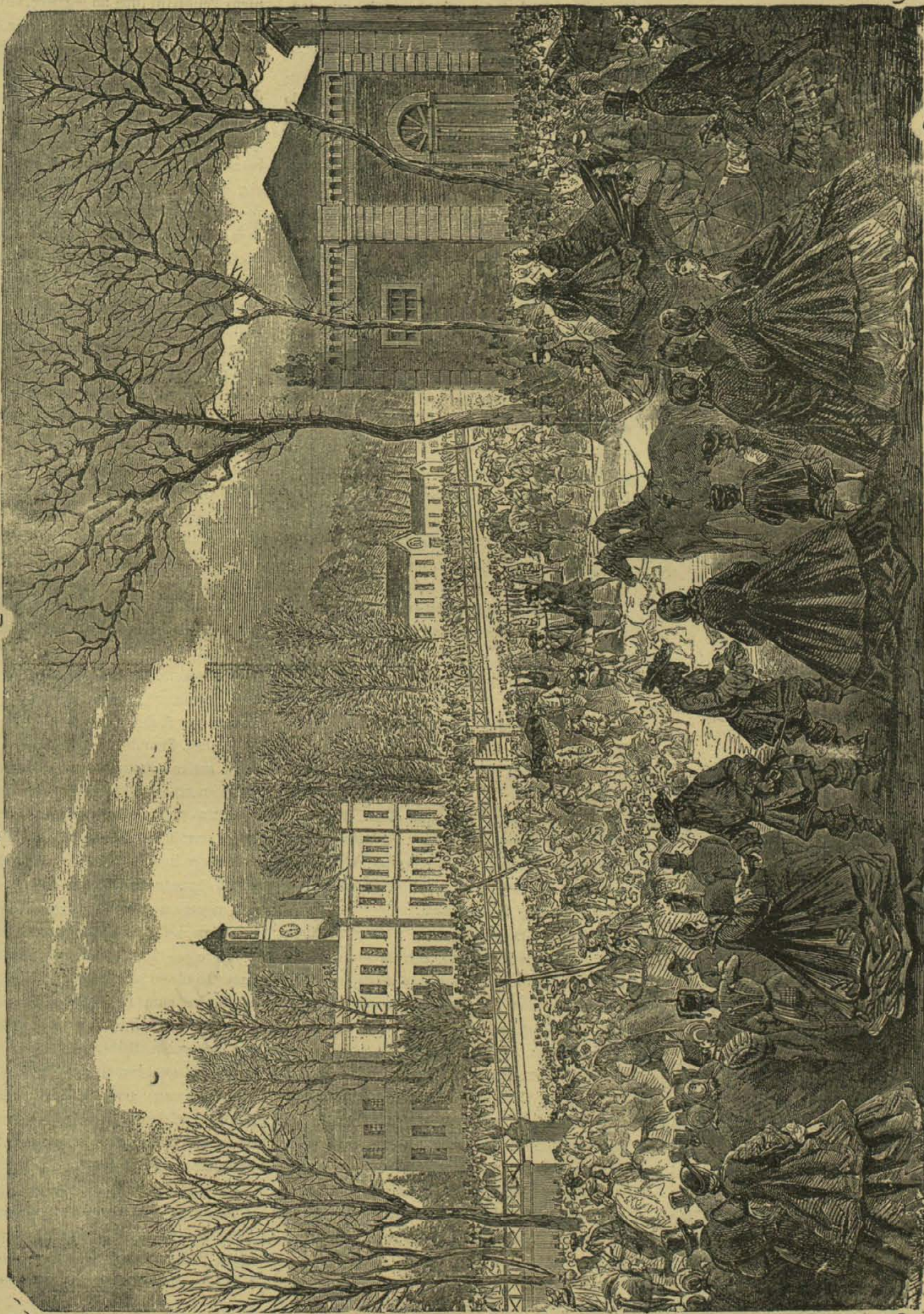
Me estoy cayendo de sueño y te dejo, muy pronto tendré el gusto de abrazarte, pues ya es hora y vuelvo á mis ocupaciones. Parto prometiéndole á mi tía volver el próximo verano. Mary, mi linda primita, me lo pide con tanta gracia, que cuando venga no sé si volveré solo; mi tía me ha indicado el placer con que vería mi unión con esa niña á quien adora, y ha fijado su dote en una cantidad de libras esterlinas que da vértigo.

Hasta que tenga el gusto de verte se despide tu invariable amigo.—CARLOS.

SOFÍA IGLESIAS.



LA SAGRADA FAMILIA (cuadro de Knass)



VUELTA DE UNA CACERÍA A PRINCIPIOS DE SIGLO

CABALÍSTICO

...ay! there's the rub.
(Shakespeare)

ESTUVE días pasados á visitar al Excelentísimo Señor Don Carlos Pellegrini, doctor en Jurisprudencia.

Este caballero es natural de la República Argentina (país de origen español, de lengua castellana, donde casi un cinco por ciento de la población es española de España, datos que me hacen esperar que estas pocas páginas serán leídas con algún interés de este lado del charco).

Dicho caballero vino hace seis meses á Europa, donde actualmente se halla, con el único objeto de curar su cuerpo, enfermo de algo sobre lo cual no todos los peritos en achaques patológicos estaban acordes.

El caso es que, después de no pocos padecimientos, ha hecho, Dios mediante, la hombrada de salvarse milagrosamente. Y digo esto porque estuvo desahuciado y semimuerto.

Su señora esposa, dama meritísima, buena cristiana, creyente fervida, no atribuye, naturalmente, el milagro á las fuerzas reactivas del microcosmo, sino á un voto que hizo en la hora crítica, cuando ya todo estaba perdido, según la ciencia; en esa hora solemne en la que todos desesperan menos la mujer piadosa.

¡Sublime terapéutica la del amor!

De ahí una visita á Lourdes en cumplimiento de aquella promesa. ¡Bien haya la fe cuando tan inefables recompensas reserva á las almas que creen!

Volviendo al Excmo. Sr. Pellegrini, conocido sin duda en España por la mayor parte de los lectores de esta Ilustración, tengo que decir, pues hace al caso, que es un varón de más de cincuenta años, conspicuo en la historia contemporánea de su tierra, que es también la mía, según se sabe ó se barruntará.

Agregaré, aunque no sea mi propósito, ni remotamente siquiera, hacer su biografía, que es de talla de coracero, varonil por dentro y por fuera.

En los últimos veinticinco años su nombre está ligado á todos los sucesos importantes de la República Argentina.

Ha sido Diputado, Ministro de la Guerra, Vicepresidente y Presidente de la República; esto último después de la renuncia del Excelentísimo Señor doctor don Miguel Juárez Celman, en 1890, con el que conjuntamente había sido elegido Vicepresidente.

En la República Argentina pasa lo mismo que en los Estados Unidos de Norte América: al elegir el Presidente se elige el Vice, que es Presidente nato del Senado.

En este momento el Excmo. Sr. Pellegrini es Senador por la capital, Buenos Aires.

El Dr. Pellegrini es también excelente abogado, orador espontáneo, periodista incisivo; y, curioso fenómeno cerebral, sus dos más fuertes inclinaciones, en el orden de las cosas públicas argentinas, han sido la hacienda y la guerra.

Así, no sólo ha combatido con la palabra y derrocado Ministros de Hacienda, sino que ha peleado con las armas en la mano y vencido en revoluciones.

Para decirlo todo de una vez, el Dr. Pellegrini es un hombre de acción por excelencia—de pelo en pecho,—que ha hecho mucho de lo que ha querido y hasta lo que no ha pensado, que es lo que les pasa á casi todos los impulsivos.

Aún tiene mucho tentador por delante, mucho porvenir, que seguramente se le escapará, si no sigue el consejo de los facultativos, de los suyos, de sus amigos desinteresados, consejo que consiste en que prescinda por algunos años de su ocupación y preocupación favoritas: la política.

Necesita reposo, mucho reposo, higiene, mucha higiene, para reponer el fósforo consumido por tanta acción diversa y los arranques fogosos de su rica naturaleza. El hierro mismo se gasta.

Como se ve, el Dr. Pellegrini es un personaje interesante, al que querría hacerle más justicia aún enalteciendo algunos de sus rasgos prominentes, muchas de sus cualidades morales, si todo ello aquí cupiera. Y no cabe. Porque para proseguir solo he menester perfilarlo, menos que esto: plumearlo pasando el estumino.

Hecho esto, como hasta aquí, necesito ahora decir que el Dr. Pellegrini y yo, aunque habiendo casi siempre militado en las mismas filas políticas (políticas, porque él es abogado y yo soy soldado), no hemos llegado jamás á coincidir en absoluto. Léase que no ha habido entre él y yo afinidad electiva suficientemente poderosa para fundirnos en lo que, hablando llanamente, se entiende por una amistad genuina.

Y, sin embargo, entre este hombre y el que está entre mis tejidos hay no pocos puntos de contacto; quizá hay en mí más espíritu de continuidad que en él; quizá hay en él, más que en mí, una determinación más rápida para tomar un partido. Quien sabe si no se han trocado los frenos, debiendo él ser el general y yo el abogado.

¿La causa?

He aquí el quid de la dificultad. *That is the question.* Y así, de digresión en digresión, y á guisa de preámbulo, hétame llegando á donde quería.

La tesis es ésta: ¿por qué el Dr. Pellegrini no es Yo, ó por qué yo no soy PELLEGRINI, EL?

Averiguado esto, lo demás tendrá una explicación más plausible, si explicación cabe en el sentido estricto de la palabra.

El lector y nosotros vamos á tropezar ahora con una seria dificultad, con lo que Maurice Maeterlinck indica en su libro *Sagesse et destinée* é Ibsen en *Gengagere* (los *ghosts*, en inglés; los *revenants* en francés; los duendes ó aparecidos en español).

Para hacerme entender mejor, puesto que lo que se siga tiene que entrar en lo que llamaremos el dominio de la metafísica trascendental, hay necesidad de formular un largo paréntesis.

Entro de rondón en el asunto.

Allá por los años de 1828-1829, llegó al Río de la Plata un ingeniero italiano (Nizardo), Carlos Pellegrini, contratado por el Presidente Rivadavia.

Derrocado éste por una revolución, Pellegrini quedó, como consecuencia natural, en el aire.

¿Qué hacer?

Pellegrini pensó en regresar á Europa.

¿Por qué no regresó?

Porque halló una joven de singular belleza, de

la que se enamoró; era la hermana menor del que poco tiempo después fué el famoso dictador Rozas.

¿Como se sabe esto?

Porque el Dr. Pellegrini lo ha descubierto aquí, en Francia, revolviendo papeles de familia, en una carta íntima, de su padre á una parienta.

Y esa joven ¿por qué no se casó con el ingeniero Pellegrini (que no regresó), sino con el general Mansilla, progenitor del que esto escribe?

La susodicha carta no lo dice, como no dice—no podía decirlo—que, al contrario, algunos años después uniría su suerte á una joven de origen inglés.

De modo que, si en vez de haber pasado las cosas como se ve, hubieran pasado al revés, es decir, que si el ingeniero Pellegrini se hubiera desposado con la hermana de Rozas, es seguro que á más de haber ligado su porvenir á la fortuna del dictador, es seguro, repito, que de ese consorcio no hubiera nacido el Dr. Pellegrini, sino otro. Yo, ó si se quiere, otro Pellegrini, pero en ningún caso éste, que es ahora lo que hemos visto.

Y como el general Mansilla, mi padre, había sido unitario—partidario de Rivadavia,—casándose en otro medio social, en vez de servir á Rozas, hay noventa y nueve probabilidades contra una que lo hubiera combatido, y yo habría sido otro, ú otro hubiera sido yo.

Y Pellegrini, el ingeniero, por más que se hubiera ingeniado, en vez de ser medio-unitario, como lo fué, habría sido medio-federal, por lo menos, y mi padre, si no unitario del todo (cuestión de la familia en que hubiera entroncado) medio enemigo de Rozas, resultando en esta hipótesis otro Pellegrini y otro Mansilla, nada de lo actual.

¡El destino, se dirá!

Perfectamente, no me opongo á que se le atribuya á una fuerza así denominada la eficacia de los hechos. Pero de ahí á desconocer que hay una causa activa actuando recónditamente, la distancia es enorme. ¿Acaso por no ver un fenómeno mientras prepara su realización final hemos de negar, ora la ley física, ora la ley moral?

Nuestra insuficiencia para conocer es una cosa, y otra el renunciar á conocer, ó en otros términos, negar un misterio porque no lo alcanzamos, no quiere decir que el misterio no sea.

Así como hay quien renuncia á auscultarse para no oír su conciencia, así hay quien se tapa las orejas para no oír los ruidos sino á medias. Pero de ahí á que no haya ni grito interior ni una sensación física, bien que menos intensa, parécenos que hay una diferencia considerable.

Los mismos gentiles, afirmando el hado, la fatalidad, el destino, ¿no implicaban una serie de cosas que necesaria y forzosamente tenían que producir su efecto?

Lo que los antiguos simbolizaban en Némesis y lo que se contiene en la admonición hebrea sobre las faltas de los padres recayendo en los hijos, ¿todo esto no quiere decir que el destino es más bien efecto que causa, que causa ciega desde luego?

En cuanto á Ibsen en los *Gengagere*, lo que se descubre es la acción directa ó indirectamente responsable de la fragilidad humana, y no en oposición, sino al contrario, bajo el imperio des-

pótico de una ley moral trascendental-realizable.

«La voluntad de la sabiduría (*la sagesse*), dice Maeterlinck, tiene el poder de rectificar todo lo que no toca mortalmente nuestro cuerpo». ¿Y esto no es proclamar la responsabilidad, el libre albedrío, sea cual sea el alcance del significado que á la palabra «sabiduría» se le atribuya?

Repitiendo la frase de un escritor español eminente, soldado sabio, diré: «Sin duda ocurrirá al lector preguntar á dónde lo conducimos con este aparato de ciencia, y á la verdad que puede parecer que á desvanecerlo y extraviarlo. No es ciertamente, usando de un símil, pretender que se aprenda la música antes de oír una orquesta; lo que intentamos es, por el contrario, hacer ver que no se necesita más que escuchar para percibir las armonías de la naturaleza», ó la voz íntima de nuestra conciencia, digo yo.

No, repito á mi vez á ese lector, si tal preguntare; le contestaremos que sencillamente y poco á poco lo conducimos adonde hemos llegado, tanteando terreno escabroso, erizado de dificultades.

Y por si acaso no se aceptara que la sabiduría puede rectificar todo lo que no ataca mortalmente el cuerpo, lo tangible, es decir, la substancia, arguyendo en forma interrogativa: ¿qué entendemos ó que queremos implicar con esa palabra, diremos: que implicamos conocimiento de todo lo que es humano, ciencia experimental, visión interior, intuición gnóstica ó mística ó científica.

¿Renunció el padre del Dr. Pellegrini á la hermana del que debía ser dictador omnipotente, señor de «vidas, famas y haciendas», porque presintió ó columbró el porvenir y temió ligarse á su familia, ó ésta opuso trabas á sus pretensiones, porque el sello de un hombre de ciencia, extranjero por añadidura, reclutado por Rivadavia, considerado cuasi ateo, tenía que ser mirado como un caballo de Troya introducido en sus filas?

¿O la joven espontáneamente le desengañó para unirse á un hombre mucho mayor que ella, inducida quizá? Los dos eran hermosos. Pellegrini estaba en la flor de la edad, y el otro, si no declinaba ya, por ese camino iba. Ciertamente tenía el prestigio de la gloria militar, la bravura; pero Pellegrini tenía la juventud radiante y el saber que fascina, de lo cual el otro carecía, no obstante su vivacidad intelectual nativa característica.

La carta á que más arriba me refiero no entra en estos pormenores, que yo he desleído.

Pero Pellegrini y Mansilla tenían que saber que habían sido rivales; de modo que en virtud de una ley genética oculta, el fruto humano de uno y otro debía padecer de una especie de atavismo irreducible en el sentido concomitante, ó sea de las aptitudes ó predisposiciones psicológicas para entenderse sin reservas ó restricciones mentales sobre cualquier punto del terreno en que las circunstancias los colocaran.

Y esa ley habría actuado con la misma eficiencia ó virtualidad, ya Mansilla se hubiera unido

á la madre de Pellegrini, ó el padre de éste á la madre de Mansilla. En la naturaleza, en la vida, en el orden sensible ó supersensible, en el cosmos —macro ó micro— todo obedece á una coordinación preexistente, finita ó infinita, y lo que ha de ser será. Si no lo alcanzamos, como vemos que la tierra es redonda por los mástiles del barco que se aleja perdiéndose en la distancia, ello no prueba, en todo caso, sino nuestra pequeñez, lo ínfimo que somos ante el Universo.

Balzac ha dicho: *Nous mourrons tous inconnus*. Debió haber agregado, y sin conocer la grandeza de los altos fines. Si los conociéramos, todos nos sabríamos de memoria. Y qué monótono sería vivir, hallándose todo previsto de antemano!

Ahora, ¿qué Pellegrini habría salido del vientre de una Rozas y qué Mansilla del vientre de la que fué madre de aquel varón fuerte é insigne —al que estas páginas le prometí, —échese el lector á nadar.

Yo, con lo dicho, he puesto mi pica en Flandes... ó donde se quiera; de gustos y de colores se puede discutir hasta mañana por la ma-



PASANDO EL RIO

ñana, y más todavía, sin arribar á conclusión alguna.

LUCIO V. MANSILLA.

CUENTOS BREVES

VOZ DE ALARMA

Matilde Dambrine á su marido Raul Dambrine.



Querido Raul: Dale mil vueltas á esta entre tus manos y comprueba la firma: sí, soy yo, tu legítima esposa, quien te escribe. Antes de acostarme he entrado en tu cuarto, y he dejado esta carta en sitio donde pudieras encontrarla fácilmente á tu regreso del Casino, á altas horas de la noche.

Y ya que estás seguro de la autenticidad de mi autógrafo, medita con calma sobre lo que voy á decirte.

Hace tres años que estamos casados, y ni siquiera te has acordado de nuestro tercer aniversario. ¡Tres años! Para tus padres y los míos, para nuestros amigos, para la sociedad en que vivimos, somos, como quien dice, unos recién casados.

Tienes treinta y dos años y yo veinticinco. Tú eres elegante y yo no tengo nada de fea. ¿No era

natural que nuestro amor hubiese durado algún tiempo más? Esto es lo que cree la gente.

Sin embargo, nosotros, que estamos entre bastidores, sabemos que desde hace un año me tienes completamente abandonada, y que nada significa para tí.

Y es preciso que te llame la atención acerca de este punto, haciéndote notar lo absurdo é inconveniente de tu conducta.

Al cumplirse el segundo aniversario de nuestro matrimonio amabas ya á otra mujer.

Todo París lo sabe y yo lo sé como todo París.

Me consta que adoras á una comiquilla de tres al cuarto, que te engaña miserablemente y hasta se burla de tí. Todo París lo sabe también, menos tú.

Pero eso me importa poco. Lo que me importa es el cruel abandono en que me encuentro sumida desde hace un año.

Soy una mujer honrada y deseo respetar tu honor, según lo demuestra la carta que en este momento te escribo. He sufrido mi abandono sin quejarme, y mientras he tenido fuerza de voluntad para ello. Pero al fin, no tengo más remedio que darte la voz de alarma, á causa de un incidente que hoy mismo me ha demostrado cuán grande es tu torpeza y cuán peligrosa tu manera de proceder conmigo. Mi lealtad me obliga á referirte los detalles de lo ocurrido.

Ignoro si sabes que recibo los lunes y que, por lo tanto, he recibido hoy á mis amigos. Viene á casa mucha gente á quien tú no conoces y entre ellos algunos jóvenes de cuya existencia ni siquiera tienes noticia. ¡Así es el mundo, Raul, y no hay manera de reformarlo en otro sentido!

Los hombres solicitan siempre el frecuentar el domicilio de una mujer hermosa, sobre todo cuando es notorio que ésta ha sido abandonada por su marido.

Hoy me han visitado varios jóvenes, los cuales, sin exceptuar uno solo, me han declarado su amor con ardientes y apasionadas frases.

Esta tarde, á eso de las seis y media, por una de esas casualidades en virtud de las que, sin saber por qué causa, queda vacío un salón que momentos antes estaba casi lleno, me encontré sola y cara á cara con uno de mis pretendientes.

No te encolerices ni te las eches de héroe vengador; será inútil cuanto hagas, pues ni sabrás su nombre, ni te sería posible provocar á todos mis tertulianos que me hacen la corte.

Pues como te iba diciéndote, el candidato en cuestión, después de un minuto de silencio, durante el cual se mostró visiblemente acobardado, tomó de pronto un partido inconcebible, cuya ejecución me llenó de profunda sorpresa y no dejó de causarme cierto disgusto.

Se arrojó á mis pies, me cogió las manos, que yo retiré inmediatamente, y me declaró el amor que por mí sentía, con una elocuencia y una pasión que, en verdad, no dejaron de halagar mi vanidad y mi amor propio.

Me levanté enseguida, solté una carcajada y le

obligué á que abandonase la ridícula posición en que á mis pies se hallaba.

Sin embargo, confieso que las palabras de aquel mozalvete no dejaron de impresionarme, á pesar de la firme voluntad que me impulsaba á rechazar resueltamente al atrevido galanteador.

Pero tan ávida estoy de las caricias de mi esposo, que no deseo correr otra vez el riesgo de dejarme enternecer por un hombre á quien no amo ni amaré en mi vida.

Pero, ¿qué sería de mí si el caso se repitiera con cualquier otro de mis tertulianos, que me fuera más simpático y agradable que el almibarado galán que esta tarde me ha declarado su atrevido pensamiento?

Y el taimado insistía, á fin de vencer mi resistencia, cuando, por fortuna, llamaron á la puerta. Era una de mis amigas de colegio.

El joven conquistador, rojo como una amapolina, se sentó de nuevo en la butaca que antes estaba, y se despidió de mí al poco rato.

Pero yo te juro que el tal sujeto no volverá á poner los pies en casa.

Temo, sin embargo, correr cualquier día un peligro análogo, puesto que no siempre han de llegar á tiempo las amigas de colegio.

Te confieso lealmente lo que siento y te doy la voz de alarma, por si tienes todavía en algo el amor que constantemente te he profesado, á pesar de tu inicuo é inconcebible desdén.

Si nada te importa el abandono en que me has dejado, sigue tu camino de perdición y de escándalo. Mi responsabilidad está á cubierto de todo cuanto algún día pudieras echarme en cara. En cambio, si haces caso de la voz de alarma que te dirijo, ven, y entre mis brazos te otorgaré el perdón que de mí solicites.»

MARCELO PREVOST.

EL PROGRESO

(FRAGMENTO)

.....
U si sagaz adivinas
 lo que el ancho espacio encierra
 y á los cielos te avecinas,
 ¡con qué prodigios dominas
 el mar, el viento y la tierra!

Los peligros arrostrando,
 resistencias vas venciendo,
 ya las olas dominando,
 ya los montes taladrando,
 ya los nublados hendiendo.

Hoy el marino navega
 seguro de polo á polo;
 que, cuando al agua se entrega,
 lleva el viento en su bodega
 como en sus antros Eolo.

Allí, en caldera bullente,
 se fragua la tempestad
 que, á su mandato obediente,
 voltea la hélice ingente
 con rauda velocidad.

Dos aspas, girando aprisa

(terror del sollo y la chopá),
 son alas de dócil brisa
 que, á sus órdenes sumisa,
 hiere siempre el barco en popa.

Por seguro derrotero,
 sobre el ondulante charco
 va el piróscafo ligero:
 mientras vela el marinero
 no teme choques el barco.

Que, en rutilante guirnalda,
 para dar cuenta de sí
 lleva un diamante á la espalda,
 y á la diestra una esmeralda,
 y á la siniestra un rubí.

Ya tranquilo se desliza,
 sin miedo á médano ú hoyá,
 sobre el mar que el viento riza.
 ya no hay banco ni valiza
 ni fondeadero sin boyá;

tras la niebla, en triste acento
 la sirena gime al pie
 del cantil, y en su lamento
 delata al escollo el viento,
 que ayer su cómplice fué;

el faro su luz tranquila
 derrama en la inmensidad:
 ojo insomne que vigila
 con encendida pupila
 la nocturna oscuridad;

y así cuando el firmamento
 sus astros al mundo niega,
 puede el navegante atento
 saber á cada momento
 por qué regiones navega;

que, en varias combinaciones
 de luces y de cristales,
 sobre la costa dispones
 brillantes constelaciones
 de estrellas artificiales.

Pero, en tu ardiente heroísmo,
 sin temores ni recelos,
 quieres vencer por tí mismo
 á los monstruos del abismo
 y á las aves de los cielos:

con audaz intrepidez
 penetras en la onda fría
 y exploras su lobreguez,
 compitiendo con el pez
 nacido en la mar bravía;

y, flotante monumento
 de tu audacia sin rival
 aspirando al firmamento,
 se eleva el globo en el viento
 más que el águila caudal.

Si hoy su inmensa mole vana
 cede á la racha enemiga
 que juega con él liviana,
 los cuatro vientos mañana
 serán su dócil cuadriga.

La peña horadas cual barro



TIPO VALENCIANO

para trasponer el cerro,
 y con esfuerzo bizarro
 unces la nube á tu carro
 sobre dos barras de hierro.

Sin absurdos exorcismos
 transformas los horizontes,
 y sin graves cataclismos
 vas colmando los abismos
 y perforando los montes.

Tú los macizos ahuecas
 de sus entrañas profundas,
 las cumbres en llanos truecas,
 los anchos lagos desecas
 y los desiertos inundas.

Aunque se oculte á tu vista,
 á tu mandato severo
 no hay fuerza que se resista:
 la luz es tu retratista,
 y el rayo tu mensajero.

Por férreos hilos tendidos
 corre de aquí para allí;
 en puntos por tí elegidos,
 con cifras y con sonidos
 escribe y habla por tí;

y, sin que logren cortar
 su curso el agua y el viento,

que no lo sienten pasar,
une á las olas del mar
las olas del pensamiento.

Ya, por un cable entesado,
veloz el globo circunda,
ya, en un alambre encorvado,
rendido y aprisionado
los aires en luz inunda;

y en las noches consagradas
al estudio ó al solaz,
con ambas alas cortadas
ilumina tus veladas
el relámpago fugaz.

Por tí á la palabra esquiva
del ignorante ó del sabio
no hay ya distancia excesiva:
por un hilo corre viva
cual vibra al salir del labio.

Por tí halagan el oído
voces ausentes ó muertas;
que, en un cilindro esculpido,
guardas el eco dormido
y de un soplo lo despiertas.

Misero acento mortal:
con tus dulces inflexiones
ó tu iracundia brutal
te gozarán perennal
futuras generaciones.

Gracias al rayo veloz
que en tu mano centellea,
hombre incansable y precoz,
eterna es desde hoy la voz,
como es eterna la idea.

Tanto los ímpetus crecen
de tu genio singular,
que, aunque indómitos parecen,
tus caprichos obedecen
la tierra, el viento y el mar.

¡Hombre! Tu inmensa potencia,
que ayer era vaticinio,
ya es innegable evidencia!
¡Tu augusto cetro es la ciencia,
y el planeta tu dominio!

¡Merced á la luz subida
que en torno de tí derramas
como lluvia bendecida,
hoy el árbol de la vida
cubre el mundo con sus ramas!

.....

FEDERICO BALART.

ADIÓS

El tren partió. En él iba la amada
del pobre vate, en el andén plantado,
mirándola alejarse ensimismado
sin darse cuenta el infeliz de nada.
¡Adiós, adiós!, con voz entrecortada
por la emoción, gritóla; y á su lado
mirándole, entre triste y admirado,
un viejo ya, le dijo: Camarada,
¿su amada acaso?—No; la amada mía.
—¿Muy lejos?—No; muy cerca: á Talavera.
—¿Para siempre quizás?—Una semana.
—¡Demonio! Llorará usted de alegría,
pues con sólo un billete de tercera
se ahorra usted esas lágrimas mañana.

C. MORENO GARCÍA.

VARIEDADES

Se trata de imponer una contribución á los
casados, y dice un comisionado de apremios:

—Los maridos deben pagar á proporción de la
fealdad de sus mujeres. Mientras más feas sean
éstas, más probabilidad hay de que sean ricas.

Entre madre é hija:

—¿Con que no te quieres casar con Ricardo?

—No, mamá, porque es un incrédulo y dice
que el infierno no existe.

—No te apures por eso. Cásate y ya verás cómo
entre tú y yo le hacemos cambiar de opinión.

Un prestamista escribió á uno de sus deudores:
«Espero que á la vuelta de correo me remita
usted el total de nuestra cuenta».

El deudor contesta lo siguiente:

«Amigo mío: El correo de este pueblo no da
vuelta: por lo tanto, no puedo complacerle».

—Qué te haces—le preguntaron á un cazador
impertérrito y hombre de vida desarreglada.—
Cazas mucho ahora.

—Sí; casi todos los días voy al monte...

—Al Pardo.

—No; al de Piedad.

Entre inteligentes:

—¿Qué te parece la nueva ópera?

—Tiene una música muy difícil, que nadie en-
tiende.

—Es música fugada.

—Sí, por eso emprende el público la fuga.

NUESTROS GRABADOS

LA CÉLEBRE ARTISTA EVA TETRAZZINI, PRIMERA
TIPLÉ DRAMÁTICA DEL TEATRO DE SAN CARLOS DE

LISBOA.—Es Eva Tétrazzini una célebre artista
lírica, un astro de primera magnitud en el cielo
del divino arte. Su talento dramático, su belleza
y elegancia cautivan á sus oyentes.

*Fausto, Trovador, Gioconda, Profeta, Ote-
llo, Mefistófeles, Lohengrin, Cavalleria Rusti-
cana y Maria de Rohan* han sido brillantes
éxitos para la inspirada cantatriz.

Actualmente ha obtenido un gran triunfo en
Chile con *Andrés Chenier* que cantó de un modo
admirable el año anterior en el teatro de San
Carlos, de Lisboa, uno de los mejores teatros de
Europa.

En Madrid nos dejó la insigne artista gratos é
impecaderos recuerdos.

PREPARATIVOS DE NOCHE BUENA EN LA PLAZA
MAYOR.—La fiesta de Navidad tiene todo su ca-
rácter en la Plaza Mayor. Allí acuden el pueblo
y la burguesía á contemplar los nacimientos, á
buscar turrónes y juguetes para los niños y tam-
bién á comprar el pavo ó capón que ha de comer
la familia en el día de la Pascua.

LA SAGRADA FAMILIA (cuadro de Knaus).—
Este grandioso asunto, como todo lo divino, no
puede ser dignamente reproducido por el pincel
ó el buril; pero el autor del cuadro que presenta-
mos ha hecho todo lo más que puede hacerse en
tal género.

VUELTA DE UNA CACERÍA Á PRINCIPIOS DE SI-
GLO.—Siempre se contemplan con curiosidad los
cuadros que representan costumbres de antaño.
Las alteraciones de la moda en los trajes forman
una nota que no pasa inadvertida para los colec-
cionadores de dibujos de indumentaria.

PASANDO EL RÍO.—Las balsas precedieron á la
canoa, la barca, lancha y esquife. Es una em-
barcación para transporte de mercancías, tan
primitiva como barata.

TIPO VALENCIANO.—El gallardo tipo valencia-
no, tan hermoso en todas las clases sociales, pero
mucho más en la del pueblo, tiene hoy represen-
tación en una graciosa vendedora de flores.

LA REDACCIÓN.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cu-
tis; sana y benéfica, basta con muy poca
cantidad para aclarar el cutis más moreno
y darle la blancura suave y nacarada del
marfil.

Precio en París, 5 francos
Dusser, 1 Rue J. J. Rousseau
PARIS

ESPERANZA

Con cuatro tablas negras labró la muerte avara
el ataúd estrecho, cerrado lentamente,
donde sus restos pálidos deposité yo mismo.
Abismo sin orillas ni fondo nos separa...
Con cuatro tablas negras he de formar un puente
que cruzará el abismo.

RICARDO GIL.

Racahout de los Arabes

DELANGRENIER

El mejor alimento para los niños, los anémicos, los convalecientes,
los ancianos y todos los que tienen necesidad de fortificantes
19, rue des Saints-Pères, París, y Farmacias.

Alfredo Monzo, impresor, Barbieri, núm. 8.



EN MADRID: Peluquería y
Perfumería de Puig, Corredera
baja, núm. 9.

THOMAS

PERFUMERÍA FINA A PRECIOS REDUCIDOS
Objetos para regalos de poco
precio.

Horquillas y toda clase de
adornos de cabeza; cada ocho
días se reciben novedades.

Artículos para cotillones y
carnaval.

Mayor, 30.—Thomas

Paraguas, sombrillas, bastones,
abanicos á precios reducidos.
Composturas de todas clases.
Reposición de forros á para-
guas y sombrillas.

THOMAS.—ALCAI A 2
Madrid

CHOCOLATES Y CAFES

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TES

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

18, CALLE MAYOR, 18

Madrid

Sucursal: Montera número 8.

GRAN FONDA

DE

EUROPA

ZARAGOZA

Este establecimiento está si-
tuado en el punto más céntri-
co de la población. Servicio de
carruajes para las estaciones de
ferrocarriles.



PRINCE LINE

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, VENEZUELA, COLOMBIA, MEXICO
Y NUEVA ORLEANS

Admite caga sin trasbordo para Trinidad, La Guayra, Saba-
nilla, Colón, Veracruz, Tampico, Progreso y Nueva Orleans.

Admite carga dando conocimiento directo para todos los puer-
tos del Pacífico con trasbordo en Colón y para Campeche, Coatra-
coalcos, Frontera, Laguna, Minitillán, Nautla, San Juan Bau-
tista, Tecrua, Tuxpan con trasbordo en Veracruz. Asimismo la
mitad para todos los puertos de Costa firme y pequeñas Antillas.

Salida mensual de Barcelona el 8

Agente de la Compañía, C. B. Jensen.—BARCELONA

OBRA NUEVA PARA LAS DAMAS

EN EL SALÓN Y EN EL TOCADOR

POR

Doña Concepción Gimeno de Flaquer

Contiene los siguientes capítulos:

El arte de agradar. El problema de la edad. La buena educa-
ción. Conversación y charla. La solterona. Las visitas. Los
francos, los charlatanes, los embusteros. Tiranías sociales. Tra-
je masculino. Traje femenino. Saludos y cumplidos. Etiqueta.
Comidas. Tertulias. Correspondencia epistolar. La enemiga de
la mujer. Higiene de la belleza. Secretos de tocador. Defensa
contra la vejez. Psicología de la mano. El abanico. La gran
dama. La fidalga. La mujer de talento en los salones. La fea y
la hermosa. El amor. Conversaciones privadas con las damas.

Es propiedad del Editor

Véndese en la librería de Fernando Fe, Carrera de San Je-
rónimo, núm. 2.

HOTEL ALLIANCE

10, Rua Nova de Trinidad
LISBOA

Propietario: D. Cayetano Rodríguez

Este antiguo hotel, situado en el cen-
tro de Lisboa, cerca de los principales
teatros, y muy próximo la Estación
Central, donde llegan todos los trenes,
tiene elegantes cuartos, baños, teléfo-
no, salón de lectura y todo lo mejor
que puede encontrarse en estableci-
mientos de este género.

Precios diarios desde 6 pesetas en
adelante.

LO MAS SANO

para convalecientes y señoras recién paridas.

ÚNICO CHOCOLATE

PREMIADO EN FILADELFA EN 1897

Precio: 3, 4 y 6 pesetas libra. Hay cajas
para regalo, de 12 paquetes, á pesetas
16, 24 y 26

VENANCIO VAZQUEZ

DESPACHO

Cuatro Calles y ultramarinos y confite-
rías de Enea.

LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSES

Hijas de Julia A. de Zugasti

CORSETERAS DE LA REAL CASA

y premiadas en varias Exposiciones



Inventado hace
años el Corset-faja
de Salud, que ha da-
do tan buenos re-
sultados, pueden
hoy ofrecer los de
otros sistemas más
modernos, para dis-
minuir el volumen
del cuerpo y tener
más agilidad.

Corsets para con-
trahechas, variedad
en fajas y corsets
C. MORTALEZA, 1 para novia.
Se remiten á provincias y al extran-
jero.



LEJIA FENIX

Limpia y desinfecta, como ninguna
otra, las ropas, suelos, vajillas, etc.

Fabricantes: Rodríguez y C. Barce-
lona

Encargados de la venta al por mayor:
Jové y Blanch, Barcelona.

Representante en Madrid: Francisco
Manzanera, Tres Cruces, 6.

Se vende en todas las droguerías.

LAS PÍLDORAS y el JARABE DE
BLANCARD son las más eficaces con-
tra la Anemia, Colores pálidos, Po-
breza de sangre, Linfatismo, Escró-
fula, etc.; por eso estos son los pre-
parados preferidos por los médi-
cos, quienes los recetan siempre.

Pero este mismo éxito ha hecho
nacer mil imitaciones y mil falsifi-
caciones, por lo cual hace falta que
el enfermo sepa que para tener la
seguridad de tomar los verdaderos,
debe exigir la firma de Blancard,
las señas 40, RUE DE BONAPARTE
PARIS, y el sello de garantía.

Tomando estas precauciones, al
tratamiento continuado de un mo-
do regular, será siempre eficaz.

LA CASA

MATIAS LOPEZ

Madrid-Escorial

fabrica siempre las mismas excelentes
clases de Chocolate, que de tanta predi-
lección gozan entre las personas de buen
gusto.

Pidanse siempre estos Chocolates, que
se encuentran en todos los comercios
de Ultramarinos de España.

OFICINAS, PALMA, 8

Depósito central:

CALLE DE LA MONTERA, 25

ESTÁN PREMIADOS CON 36 MEDALLAS
CAFES, TES, DULCES



Gran depósito de Coronas, Flores y
Efígies y adornos propios para altares,
nichos y panteones y Gran Empresa
funeraria de Rubio.

CONCEPCIÓN JERONIMA, 3

Teléfono núm. 59

NOTA. Esta casa hace como ningu-
na, todos cuantos asuntos se le encar-
gan, bien sea de entierros, embalsama-
mientos y traslados, como igualmente
de lápidas y panteones.



Marca registrada.

EL AGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

Y GÉNEROS PARA CONFECCIONAR Á LA MEDIDA

PRECIO FIJO

Preciados, 3, esquina á la de Tetuán

Teléfono núm. 861

MADRID

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.),
sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito, de altas recompensas
en las Exposiciones y millares de certificados garantizan su eficacia. Para los
brasos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, rue J.-J. Rousseau, 1, París.